

Monjas escritoras en la Nueva España

El habla sin habla

Margarita Peña

El silencio al que estuvieron condenadas las obras confesionales de las monjas en el mundo novohispano y su plagio por los hombres, superiores jerárquicos en la estructura de la Iglesia, es el tema central que con erudición e inteligencia crítica desarrolla la estudiosa Margarita Peña en el Epistolario de María Coleta de San José, de cuyo prólogo ofrecemos un fragmento.

Los textos redactados por las religiosas en el ámbito de los conventos coloniales mexicanos (sobre los cuales ya he vertido tinta), casi siempre siguiendo las órdenes de su confesor y a veces incluso contra su propia voluntad, son ejemplo de una curiosa transmutación de la autora en personaje. La monja escribía sobre su vida, infancia, genealogía, raptos, enfermedades, etcétera, obedeciendo al confesor en turno, en un ejercicio biográfico autorreferencial; más tarde, al morir, cuando por sus hechos y virtud había alcanzado el estatus de “venerable”, la autoría era suplantada por el confesor, o aquel que había asistido espiritualmente a la mujer en sus últimos años, que recogía los textos, los ofrecía a un prelado importante, o bien él mismo los transformaba en obra propia, firmada con su nombre, convirtiendo a la monja en personaje de un texto biográfico, a veces casi personaje de novela. El “yo”, la primera persona, se convertía en el “ella”, tercera persona. Quedaba borrada así la autora original. Al imprimirse, la obra aparecería firmada por el padre Salmerón; o el padre Pardo, Santander, Sigüenza y Góngora, etcétera, casi todos, prelados o clérigos prominentes. Y así pasaría el texto a la posteridad, como obra escrita por un varón. La mujer-autora desapare-

cía. En cierto sentido, estaríamos ante lo que ahora se considera un plagio. Quedaba la monja, eso sí, como personaje, protagonista, para ejemplo (o escarmiento) de las señoras lectoras —generalmente el resto de las monjas de la comunidad—, que constituían un público cautivo. Recordemos que en esos siglos no existían las nociones de “derechos de autor” ni nada que se le pareciera.

Hubo, sin embargo, casos en los que la autoría femenina se salvó.

EL “HABLA SIN HABLA” DE SOR COLETA:
UN EPISTOLARIO DEL SIGLO XVIII

La *Colección de cartas dirigidas a su Padre Confesor en la que relata sus visiones y revelaciones* sor María Coleta de S[a]n Joseph, presunta monja oaxaqueña, dirigidas a su padre confesor y escritas entre 1751 y 1775, es ejemplo de lo que podría considerarse escritura femenina “espontánea”. Su autora no redacta una biografía al uso, de las que los confesores solían alentar, el convento cobijar y algún prelado imprimir, sino un epistolario —más de cien cartas— que dirige a su confesor, escritura que le

valdrá el veto y confiscación por parte del Tribunal del Santo Oficio, y en las que expone las dudas existenciales y agonías características de estos textos confesionales, acentuadas por las culpas que derivan del temor de haber cometido faltas graves. Se conserva el “yo” autoral y es texto en que conocemos la identidad de una autora que habla por sí misma sobre sí misma. Aun cuando su pretensión era solamente la de comunicarse con el confesor y encontrar respuesta a sus preguntas y alivio en un ejercicio catártico, en cuanto texto autobiográfico, como señala Wilhelm Dilthey, corresponde a la reconstrucción de momentos, situaciones de vida que se prestan a interpretar incluso la realidad histórica y social. La dependencia de la colonia en relación con España en cuanto a la costumbre de la escritura de monjas; la religión omnipresente; la enrarecida atmósfera del claustro, el sometimiento femenino. O sea, lo que le había tocado vivir a la autora. A guisa de ilustración, extraigo del epistolario un fragmento, dos cartas, que, en términos de Dilthey, corresponderían a la reconstrucción de momentos de vida de sor Coleta y ejemplifican una particular condición afectiva, religiosa, que se revela a lo largo del epistolario en su totalidad. Así, escribe la monja:



Carta número 39

Padre y señor mío: recibí la [carta] de vuestra merced la que ha sido flecha que ha atravesado mi alma. ¡Oh, qué palabras tan conciliadoras!, pues aun la más mínima me es una flecha que enciende el alma a más amor de Dios. Padre mío, todo lo que me pasó el sábado y domingo, y todo cuanto más me ha pasado en adelante son, padre, tan grandes los efectos que en mi alma han causado que aseguro me parece mucho peligro poder vivir y más con unas calenturas que me vienen dando. Pero mientras más me voy encendiendo en calentura y los dolores que tengo juntamente me aprieto hasta que siento que me inflamo en el amor de Dios, y qué gusto tengo de padecer algo por el amor de mi Dios, pero siento una cosa que yo no sé como será y es que en cada dolor que me da en mi cuerpo es como aquella cosa que siento en mi corazón que parece se me abrasa y quisiera hacerme tanto para alabar a mi Dios. Así es con cada dolor que tengo. Estando días en la oración y fuera de ella dando todo amor que puedo en la oración me parece que veo a la persona del Espíritu Santo en forma de persona que se llegaba a mí, yo quieta rezaba con mi alma, y me decía: “mi amada, para mí amada”. Yo entonces proseguí diciendo: “mi amado soy tuya”, y me respondía: “y yo para mi amada”. Esto ha sido cosa que parece que el corazón se me derrite en mi amor, enardecimiento y en conocer que no soy digna más que de eso. Es de pura verdad lo que yo merezco. Mi Padre se me está repre-

sentando [en] esta forma de paloma que esta vez parece que veía que se iba entrando en mí y haciendo una propia cosa conmigo. Otra vez vi a Nuestro Señor dentro de mi corazón como metido en una vidriera hecho Niño pero aunque lo veía muy claro, no lo veía como una humanidad, sino en un modo muy delicado. Muchas veces se me está representando una cruz y yo le digo que venga muy enhorabuena. Yo discurro en lo que estoy padeciendo, así de dolores como de tantos temores de no ofender a Dios en nada, ya que parece que no habrá mayor cruz que la enfermedad en una religión. Pero estoy muy contenta, pues Dios lo dispone. Dónde merecía yo que Dios se acordara de mí en regalarme con enfermedades, [que] se me han ofrecido las que he llevado con gusto. Muchas veces se me está representando el enemigo en diferentes formas, pero lo desprecio con mucho ánimo que Dios me da, y me representa algunas cosas inmundas, en esto sí prosigue el maldito.

[F. 164v-166v.]

Carta número 56

Mi padre: puedo asegurarle que ya parece que el alma se me sale. No parece sino que cuanto mis ojos ven, sea lo que fuere, todo me parece un fuego de amor de Dios. Esto, mi padre, es lo que [me] incita a hacerme pedazos, pues me parece que aunque me echara de los cerros



abajo, me parece no hiciera nada y fuera mucho detenerme no hacer otras cosas más grandes. Desde el domingo en la tarde, quedé más [mal] de lo que estaba antes. Aquella noche la pasé reventando el corazón y con la ansia de comulgar otro día. Llegó esa hora tan feliz de recibir a Su Majestad y al tiempo de estarme dando la forma, ya se ve que se me encendió más la voluntad y me empezó el temblor. Y yo le pedí a Su Majestad no me pasara adelante para estar más recogida. Quiso Su Majestad hacerme el favor. Empecé a hacer mi diligencia y a decirle a Su Majestad: “señor, cuanto hiciere y todo cuanto tú sabes lo pongo en manos de mi Padre, para que te lo ofrezca”. Su Majestad me parece me daba muestra de admitirlo y en ese propio instante vi a un ángel hermosísimo. No hallo cómo decir su belleza, con un semblante muy risueño y juntamente mostraba su grandeza...

[...] Cuando entró nuestro Padre en la comunión, no me acuerdo qué día, pues ese día los santos hablaban, yo miraba la luz, yo miraba más estas imágenes que se ofrecían y todo, todo parece que tenía bocas, que me decían tantas palabras de Vuestra Merced: “ama, ama a Dios”, pero no sólo me lo decían, sino que me lo infundían [...]. Y me parece que llegará el día en que ya no pueda escribir, porque cada letra, mi padre, lo diré sin que nadie me oye, no parece, sino como diré, una saeta, un rayo, una lanzada. Déme remedio. Por Dios, que ya muero. Pero ya me acuerdo que los remedios me hieren más. ¿Qué haré, mi Dios? Sáname Padre. ¿Qué es esto

que vuestra merced me ha traído en estas comuniones?, ¿qué he hecho estos días? He sentido más unión con mi Dios y un recogimiento muy grande [...]

El día que entré en el confesionario [...] yo dije cuando eso de la cruz me estaba pasando, “Señor, ¿qué es esto?”, [y él dijo] “Yo estoy ahora pensando en tu transfiguración y sintiendo ahora gran gloria, y ahora veo cosas de la cruz”. Yo no sé cómo decía esto, el Señor me respondía con aquella majestad que yo le estaba mirando glorioso, pero [su lenguaje] era un modo de *habla sin habla* y me decía: “esto que ves no es una cruz de trabajos, sino lo propio que has experimentado [...]. No me olvide, padre, como a su pobrecita y bien necesitada, aunque malísima; he tenido hoy muy presente la congregación y a mi padre a quien saludo y pido no me tenga olvidada...

[F. 173r -175r.]¹

LOS VISOS MÍSTICOS DE UNA “ILUSA”

Los textos de sor Coleta podrían inscribirse en una mística *sui generis* en la que la aspiración a la unión del alma con Dios está enmarcada por alusiones fisiológicas (dolores, calenturas, el corazón que revienta) y ansiedad que jalonan el epistolario en expresiones que dan lugar a la ambigüedad, las conecta con sentimientos y necesidades terrenales. Esto último pudo haber alarmado a los clérigos que tuvieron acceso a los escritos respecto a la naturaleza del discurso —incluidas las alucinaciones— de la madre Coleta. Hay, también, en ella conciencia de la escritura, de la letra. La monja fue castigada severamente por el Santo Oficio; calificada de “ilusa”, aunque alejada de la calificación de “beata embaucadora”, como las que solían habitar en la cotidianidad de la Colonia: Teresa Romero, Rita Vargas, María Lucía Celis. Cada una a su modo devenidas verdaderos personajes en el escenario del teatro inquisitorial novohispano. El discurso de la monja Coleta pareciera expresión tanto de una patología susceptible de análisis en términos de Freud, como de una manía escritural con visos místicos. Los inquisidores del Santo Oficio hilaban fino y podemos presumir que el discurso de Coleta a lo largo de las cartas incurriría en errores teológicos, “proposiciones indecorosas”, o incluso, imaginaciones y visiones sacrílegas. Se nos ofrece como una reveladora muestra de escritura femenina inserta en los patrones del género epistolar y, por extensión, de la autobiografía femenina en la época colonial, censurada por el aparato represivo del Santo Oficio. **u**

¹ Transcripción de V. Guerra.